

pura fábula inventada casi en nuestros días: no hay certeza de que al Sr. Zumárraga se deba la destrucción de una sola pintura: no era él quien quería oscurecer la memoria de lo pasado, pues escribía y enviaba al Concilio de Trento una memoria sobre las antigüedades de Nueva España. El cargo de destrucción no aparece formulado sino muchos años después de su muerte, por Torquemada é Ixtlilxochitl: este merece poca fe; el primero, si bien recogió los escritos de los misioneros para tejer su obra con retazos de ellos, no pudo encontrar allí el cargo, porque no está; le sacó de los informes de los indios, lo mismo que Ixtlilxochitl, y ya hemos dicho lo que eso puede valer. Sahagun, más cauto ó mejor informado, no mezcló el nombre del Sr. Zumárraga en el asunto.

A la rebaja que debe hacerse en el número de pinturas históricas conservadas por los aztecas, y á la disminución producida por las causas enumeradas, hay que agregar la que fueron sufriendo después, poco á poco, en el medio siglo trascurrido hasta la época en que los autores mencionados escribieron. En todos tiempos, y sin necesidad de que nadie los persiga, perecen papeles por mil accidentes: otros quedan de tal modo ocultos, que solo la casualidad los descubre. Esa lenta destrucción del tiempo, no la ménos grave, continuó adelante, y á ella se debe en mucha parte la falta de pinturas que hoy se nota. Sin embargo, Boturini, mediado el siglo XVIII, halló todavía no pocas importantes y desconocidas. No faltan ejemplos de que pinturas consideradas como destruidas por los misioneros hayan aparecido después, conservadas y aún hechas por ellos mismos. Así el *Tonalamatl* ó calendario de los 260 días, que Sahagun deseaba ver destruido, no lo fué, sino que se conservó en el convento de S. Francisco de México, y ha sido litografiado en nuestros días. El otro calendario formado por un religioso, y que según Mendieta había sido extirpado (si es, como parece por las señas, el de Fr. Toribio de Mo-

tolinia, de que habla Torquemada), no pereció, pues yo le tengo original. Aun puede probarse que las librerías de los indios existían, precisamente cuando más se lloraba su destrucción. Así resulta de una curiosa correspondencia entre los padres jesuitas Tovar y Acosta. El primero había escrito una historia de los indios, que comunicó al segundo,¹ y este, al avisarle el recibo, le pregunta, entre otras cosas, "qué certidumbre y autoridad tenía la historia." A lo cual satisface así el P. Tovar: "El virey D. Martín Enriquez, teniendo deseo de saber estas antiguallas de esta gente con certidumbre, mandó juntar las librerías que ellos tenían de estas cosas, y los de México, Tezcucó y Tula se las trajeron, porque eran los historiadores y sabios en estas cosas."² Las cartas no tienen fecha, pero como el virey Enriquez gobernó de 1568 á 1580, de todos modos aparece que en tiempos de Torquemada é Ixtlilxochitl, grandes lamentadores de la falta de librerías aztecas, las había por lo ménos en tres ciudades principales, los indios las traían á México, y el virey las ponía á disposición del P. Tovar. ¡No fué, pues, tanto el destrozo causado por los primeros misioneros!

Parece que con lo dicho bastaría, y que ya es tiempo de poner término á esta larga y cansada disertación. Pero pido al benévolo lector que me preste todavía otro poco de paciencia, y escuche algunas observaciones finales.

Injusto parece que cuando debemos á alguien grandes beneficios, paremos la consideración en una falta que haya cometido, y nos empeñemos en abultarla, á pesar de que después la haya reparado con exceso. Tal sucede con los primeros apóstoles de nuestra tierra. No nos cansamos de censurar el celo falso ó

¹ *Historia natural y moral*, libro VI, caps. 1, 7.

² Pueden verse estas cartas en el *Apéndice*, con el n.º 64.

necio, la ignorancia ó el fanatismo que suponemos los impulsó á destruir las antigüedades aztecas; pero no nos tomamos siquiera el trabajo de averiguar si el hecho es cierto, ni queremos recordar que á ellos se debió la abolicion de los sacrificios humanos, el establecimiento de la verdadera religion, la defensa y conservacion del pueblo vencido. Y despues de todo, el cargo es falso ó grandemente exagerado; y el poco daño que tal vez llegarían á causar en pinturas verdaderamente importantes, quedó bien compensado con los escritos que les debemos. Venidos á la predicacion, por ningun motivo estaban obligados á echarse encima nueva carga, ocupando sus escasísimas horas de descanso en investigar y escribir la historia antigua de estos pueblos. A ellos, que aprendieron la lengua, que estudiaron las pinturas mismas de cuya destruccion son acusados, que recogieron las tradiciones más auténticas, que reunieron todo en laboriosos trabajos, somos deudores de lo que sabemos acerca de los tiempos pasados. Sus inmediatos sucesores y colaboradores continuaron la obra; pero los que llegaron mucho despues, como Torquemada, ya no cargaron sobre sí las indecibles fatigas del apostolado; y al paso que sabian aprovechar, por no decir plagiar, los escritos de sus predecesores, no creian injusto dar crédito á indios embusteros, para culpar de ignorancia ó de celo extraviado á los insignes varones á quienes debian la luz recogida en sus propios escritos: débil reflejo, opacado por mil añadiduras impertinentes, de aquella claridad que brilla en la sencillez de los primeros. Si estos se hubieran limitado, como con justísimo derecho podian hacerlo, á predicar la fe, conservando con esmero hasta el último papel borroneado por los aztecas y salpicado de sangre humana, pero sin escribir ellos cosa alguna, hoy no quedaria de la historia antigua de México ni lo poco que creemos saber.

Porque, en efecto, la escritura geroglífica de aquellos pueblos era del todo insuficiente para conservar la

memoria de los sucesos pasados: pudiera servir, cuando más, para dejar asentada una especie de tabla cronológica, sin pormenor alguno, sin explicacion de las causas de los acontecimientos, ni del carácter de los personajes, sin nada en fin de lo que exige la Historia para merecer tal nombre. La indicacion vaga de unas épocas cosmogónicas, no siempre en el mismo orden; una serie de reyes con notables discrepancias de fechas y aún de sucesion; áridas é incompletas noticias de peregrinaciones y guerras, mezclado todo con fábulas absurdas y pueriles; nóminas de tributos, y otros apuntes sueltos por el estilo, no constituyen la Historia. Cuando Clavigero exclamó en un arrebatado de entusiasmo: "Si se hubieran conservado (las pinturas) *nada* se ignoraria de la historia de México," no supo lo que se dijo. Quisiéramos ver al pulido abate rodeado de todos los famosos archivos de México, Tezcoco y cuantos más pidiera; pero privado por completo de los escritos de esos *frailes*, á quienes en su interior desprecia, para ver si de tales papeles hubiera podido sacar su historia. Habríase quedado á oscuras. Por más que hoy se pondere el alcance de la escritura geroglífica de los mexicanos, y aún se pretenda atribuirles el uso de signos fonéticos, que por mi parte nunca he acertado á encontrar, lo cierto es que su sistema, segun Clavigero mismo dice, "era imperfecto, embrollado y equívoco." Buscar *clave* á esas pinturas es perder tiempo, porque no la tienen: dijose que el Lic. Borunda la habia hallado, y Bustamante lamentó su pérdida en todos los tonos; pero la publicacion del proceso del P. Mier ha venido á poner en claro la inexactitud del aserto. Si algo leemos en las pinturas, y de algo sirven para esclarecer uno ú otro hecho histórico, es porque sabemos de antemano el hecho, y porque los misioneros nos dejaron el conocimiento de la lengua y de muchos de los signos con que los aztecas representaban lo que podian, á cuya obra ayudaron los intérpretes de los primeros

años. Sin tales auxilios las pinturas serian ininteligibles; pruébalo que el códice de Dresde, que no es mexicano ni tiene interpretacion, permanece mudo, y apenas se sabe á qué pueblo pertenece. La interpretacion de ciertos geroglíficos aztecas es hoy tan clara como la de una charada cuya solucion ya se conoce. Careciendo de todo antecedente, ¿qué leeríamos al ver un deforme muñeco, sentado en cuclillas, con rostro de perfil y ojo de frente, ceñida la cabeza con una diadema puntiaguda, y acompañado de una pierna llagada ó herida? Ahora decimos sin vacilar que es el rey Tizoc, pero porque ya sabemos que así se le representaba. Y á pesar de eso, ¡cuántas y cuántas interpretaciones muy acreditadas no han venido al suelo! En la famosa pintura del "Viaje de los Aztecas," todos, y áun personajes tan graves como Sigüenza, Clavigero y Humboldt, vieron la historia de tiempos remotísimos: el diluvio universal, la confusion de las lenguas, la dispersion de las gentes, y qué sé yo cuántas cosas más, lo cual quedó aceptado como cosa indudable, hasta que el Sr. Ramirez y despues el Sr. Orozco y Berra probaron que no hay allí diluvio, ni torre de Babel, ni cosa que lo valga, y que todo se reduce á la peregrinacion de los mexicanos, no desde el misterioso y lejano Chicomoztoc, sino puramente dentro de los límites del Valle de México. El mismo Sr. Ramirez, cuya inteligencia y sagacidad nadie puede poner en duda, no se libró de caer en alguna equivocacion. Tratando de dar la interpretacion de la conocida pintura 144 del Códice Vaticano que representa la muerte de Pedro de Alvarado, tropezó con la figura de un animalejo, que así puede ser raton como cualquier otro mal bicho, coronado con una planta, al parecer de maguey. Púsole en graves dudas, y al fin decidió que era raton y una representacion simbólica de las calamidades que amenazaban ó que efectivamente cayeron sobre aquellos pueblos á causa de la guerra. Da sus razones y añade que en cuanto al maguey, no al-

canza que pueda significar otra cosa sino que "la penuria llegó al punto de secar ó fué tan cruel como las que secan y enferman los magueyes, que es la más resistente de todas las plantas; ó bien que en aquel año padecieron estas alguna epidemia." Mas hé aquí que viene luego D. Eufemio Mendoza á interpretar la misma pintura, y discrepa del Sr. Ramirez (rara vez con acierto) en casi todas las figuras, entre ellas la del animalejo, que declara ser una *tuza* (topo) y significa pura y simplemente el nombre del virey D. Antonio de Mendoza (*metl*, maguey, y *tozan*, tuza),² lo cual dicho sea de paso, está confirmado por la pintura Aubin (pág. 152), donde se ve el mismo geroglífico al lado de la figura y nombre del virey. Lo propio acontece con los ídolos. No há mucho que hizo gran ruido el descubrimiento de uno en las ruinas de Chichen Itzá (Yucatan). Cierta arqueólogo extranjero, que aseguraba saber leer los geroglíficos de aquellas ruinas como nosotros el alfabeto latino, desenterró una estatua que llevaba *doce mil años* de sepultada, á la que bautizó con el nombre de Chac-Mool ó Rey Tigre. Decia que no era un ídolo sino un retrato, pues conocia por sus nombres á todos los personajes esculpidos en aquellos monumentos; que tenia noticias de su vida y de la manera de su muerte, y que la estatua pertenecia á un monumento erigido por la reina su esposa. Con gran dificultad, por su mucho peso, fué trasladada la figura al museo de Mérida, y luego al de México. Entónces el mismo Sr. Sanchez, autor de la "Cuestion histórica," escribió una disertacion en que hizo ver que existen otras dos estatuas muy parecidas: la una en el mismo museo de México, traída de Tlaxcala, y la otra de origen desconocido, en una casa de Tacubaya: su conclusion es que el Chac-Mool no representa rey alguno de Yucatan, sino al dios Tezca-

¹ *Proceso de Pedro de Alvarado, de Geografía y Estadística, 2ª época, pág. 280.*

² *Boletín de la Sociedad Mexicana*

tom. I, pág. 903.

tipoca "bajo una forma ó advocacion no conocida de nosotros."¹ Estas son pequeñas muestras de la conformidad que suele haber entre intérpretes de gloglíficos, y del fruto que sacariamos de una gran coleccion de ellos, si los misioneros no hubieran enseñado á los indígenas la escritura fonética, para que con ella escribieran la interpretacion corriente; y si los mismos misioneros, los obispos y los gobernantes, destructores y *oscurantistas*, no hubieran cuidado de recoger las tradiciones, hacer declarar las pinturas antiguas ú otras nuevas, y dejar escrita, por sí ó por otros, la relacion de las cosas pasadas.

Mas aún cuando pudiéramos leer con claridad las pinturas, no sé por qué hemos de concederles la fe absoluta que algunos quieren. Sus autores nos son totalmente desconocidos, y no podemos juzgar de su aptitud y honradez. Ciertamente que "no eran otro Moisés," como dice la relacion del *Libro de Oro*, y muy bien pudieron errar en materia tan oscura. Los analistas indios posteriores á la conquista equivocan torpemente hasta las fechas contemporáneas y perfectamente conocidas.² Sin embargo, luego que se lee ó cree leerse una fecha ó un suceso en cualquiera pintura, debe aceptarse sin vacilar, por más que no vaya de acuerdo con lo que digan autores conocidos y dignos de crédito. A ser mayor el número de pinturas que nos restan, resultarian infinitas contradicciones, que por cierto no faltan en lo poco que tenemos.

Léjos estoy de querer desacreditar las pinturas aztecas, solo por disminuir así la pena que causa la desaparicion de muchas de ellas, y atenuar el cargo hecho á los misioneros. No creo que haya documento histórico inútil, y yo, que he procurado recoger y publicar algunos, seria quien ménos pudiera ver con indiferencia la desaparicion de los anales del pueblo que en

¹ *Anales del Museo*, tom. I, página 270. Otros muchos ejemplares de ello pudieran citarse.
² CHAVERO, *Salagun*, pág. 15.

tiempos remotos vino á ocupar este suelo. Quisiera, por el contrario, que se conservasen hasta hoy todas las historias que pintaron los aztecas, para que sirviesen al estudio de los sabios que con segura crítica y ánimo sereno se dedicasen á esclarecer aquellas épocas oscuras. Pero no puedo tolerar exageraciones apasionadas, y deseo que á cada cosa se dé su verdadero valor.

En resúmen: no fué considerable, ni en cantidad ni en calidad, el daño que los misioneros causaron en las pinturas aztecas: el que hicieron á los principios, supieron repararle cumplidamente, y no hay justicia para acusarlos de ignorancia y fanatismo, por solo un momento de error muy disculpable. Y si bien se mira, los que más afectan condolerse de la pérdida de las pinturas, son los que ménos las conocen, y que jamas se ocuparian en estudiarlas. No es el celo por los adelantos de la ciencia lo que provoca esas lamentaciones: es el espíritu de partido ó de secta, que cree encontrar una arma contra España y contra la Iglesia, en la supuesta ignorancia de sus primeros enviados. Más debiéramos dolernos de la pérdida sufrida en estos últimos años con la desaparicion, no de signos oscuros, sino de libros rarísimos y códices preciosos, que con absoluta indiferencia hemos visto pasar al extranjero, de donde jamas volverán. La sana crítica no consiente ya que se estén repitiendo esas absurdas acusaciones contra los misioneros y en particular contra el Sr. Zumárraga: el que insista en sostener todavía semejante vulgaridad, mostrará que se halla tan escaso de estudios como sobrado de pasion.

